



Utopía y Praxis Latinoamericana  
ISSN: 1315-5216  
ISSN: 2477-9555  
diazzulay@gmail.com  
Universidad del Zulia  
Venezuela

## Sociología académica y marxismo latinoamericano: Historia de una polémica

KOHAN, Néstor

Sociología académica y marxismo latinoamericano: Historia de una polémica

Utopía y Praxis Latinoamericana, vol. 24, núm. 85, 2019

Universidad del Zulia, Venezuela

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27961112007>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

## Sociología académica y marxismo latinoamericano: Historia de una polémica

Academic Sociology and Latin American Marxism: Story of a polemic

Néstor KOHAN

Universidad de Buenos Aires, Argentina

teoriasocial.na@gmail.com

Redalyc: [https://www.redalyc.org/articulo.oa?](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27961112007)

id=27961112007

Recepción: 20 Abril 2019

Aprobación: 30 Mayo 2019

### RESUMEN:

En el presente artículo el autor intenta describir y explicar la génesis y la conformación histórica de la sociología como disciplina académica en Argentina a partir de su reconocimiento y consolidación institucional en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Las influencias iniciales que recibió del estructural-funcionalismo norteamericano, pero también el influjo antagónico de la sociología crítica estadounidense. Focaliza su análisis en el papel central ocupado por el sociólogo Gino Germani y toda la serie de disputas, discusiones y debates que se originaron en torno a su interpretación de la disciplina, principalmente en polémica con los exponentes del marxismo latinoamericano en sus diferentes corrientes y tendencias

**PALABRAS CLAVE:** marxismo latinoamericano, sociología, estructural-funcionalismo, dependencia.

### ABSTRACT:

In this article the author tries to describe and explain the genesis and historical conformation of sociology as an academic discipline in Argentina from its recognition and institutional consolidation in the University of Buenos Aires (UBA). The initial influences it received from American structural-functionalism, but also the antagonistic influence of American critical sociology. His analysis focuses on the central role occupied by sociologist Gino Germani and the whole series of disputes, discussions and debates that originated around his interpretation of the discipline, mainly in polemics with the exponents of Latin American Marxism in its different currents and tendencies.

**KEYWORDS:** Latin American marxism, sociology, structural-functionalism, dependency.

## INTRODUCCIÓN

Desde inicios de la modernidad sabemos que las ciencias sociales y humanas suelen separar e incluso enfrenar a los seres humanos. Los saberes sociales no son neutrales ni equidistantes. Al igual que la sociedad que intentan explicar, están inevitablemente atravesados por intereses encontrados. La sociología no es una excepción. Aunque una vertiente familiar de sus abuelos y abuelas fundadoras pretendió dejar afuera a la ideología (como es el caso del positivismo) o alcanzar un saber “neutralmente valorativo” (con Max Weber), siempre terminó implicada en conflictos. La otra rama de la familia fundadora (de raíz marxista) asumió esa marca de origen, sin complejos de inferioridad frente a otro tipo de ciencias, y jamás pretendió desconocer las ideologías en disputa.

Si eso sucedió en las ciencias sociales europeas, algo no muy diferente ocurre en Nuestra América. En la gestación disciplinaria de la sociología argentina y su inicial reconocimiento institucional reaparece el mismo dilema, resignificado trágicamente en clave latinoamericana. Mientras Gino Germani pretendía apelar (estructural-funcionalismo mediante) a la autoridad de una metodología cuantitativa como canon epistemológico exclusivo para soslayar u ocultar sus propias perspectivas políticas liberales, sus impugnadores marxistas le recordaron desde el inicio que la sociología no podía esconder la toma de partido entre el orden establecido o su crítica. De allí que en todo este trabajo acompañaremos a Germani en sus polémicas, tanto frente a sus adversarios del marxismo gramsciano y guevarista como frente al nacionalismo popular revolucionario.

## NACIMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA: SABERES EN DISPUTA

Desde su nacimiento la sociología se pregunta, con meticulosidad obsesiva, por su método y objeto, por su constitución en tanto saber cristalizado, por su “oficio”. Si el capitalismo cruje, se retuerce y renace de sus cenizas aplastando, fragmentando, conquistando y explotando, ¿el saber crítico que lo estudia, podría quizás permanecer idéntico a sí mismo, sin conflictos? Sospechamos que no.

Intentar un balance histórico de la sociología en América latina y en Argentina remite, casi automáticamente, a la pregunta por el origen.

¿Todo comenzó, acaso, con Gino Germani (1911-1979) y la institucionalización de la Carrera en la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1957? Definitivamente no. Como dato histórico recordamos que para ese entonces José Carlos Mariátegui —principal fundador del marxismo latinoamericano— se había muerto apenas... 27 años antes.

*“Antes de Germani no había conocimiento científico del orden social. Todo era «especulación». Con Germani nace, por fin, la ciencia”.* Así se presentaba, con no poca arrogancia, el grupo de Germani, autopostulado como “héroe modernizador” que no reconocía antecedente alguno, creador ex nihilo de una sociología virgen y una genealogía vacía. Un supuesto descubridor de un continente teórico absolutamente inexplorado. Su relato apologetic —aceptado sin incómodas preguntas— ponía debajo de la alfombra y ocultaba en el placard todos los codazos desprolijos, empujones poco elegantes, disputas mezquinas y tironeos de poder institucional que tuvo que emplear para desplazar por la fuerza a elencos anteriores. Como por ejemplo, los excluidos que se agruparán primero en la Sociedad Argentina de Sociología-SAS y también en la primera época de la Asociación Latinoamericana de Sociología - ALAS (Delich: 1977, p. 32). Mecanismos que utilizó para capturar el control monopólico de un campo de legitimación con “especialistas técnicos certificados”, distribuir en puestos claves de la departamentalización burocrático-institucional a seguidores leales y obedientes (desde becarios a secretarios y docentes), instalar en el área local una agenda exclusiva y excluyente de investigación horneada en la cocina de los Estados Unidos de la guerra fría y poder manejar a discreción y sin consultar a nadie el nada módico financiamiento internacional que recibía, principalmente de la gran potencia del norte. ¿Será cierta esa historia oficial apologética y ese relato autolegitimante del “héroe modernizador”, paladín de la técnica neutral, el progreso científico y la razón apolítica en un mundo de tinieblas religiosas conservadoras, sociología de frac e incipientes amenazas ideológicas izquierdistas? ¿Qué presupuestos epistemológicos determinaron semejante descripción histórica del conocimiento de la sociedad capitalista y de la institucionalización oficial de la disciplina que la estudia en un país como la Argentina, capitalista dependiente, desde la economía hasta la cultura, desde las instituciones privadas hasta las estatales?

El descriptivismo de hechos cuantitativos, medibles y manipulables, de la autodenominada “sociología científica” de Gino Germani (y sus discípulos de derecha e izquierda) cultivó el aplazamiento del debate por los grandes rumbos del país, la conversión de los intelectuales y los “maestros de juventud” que convocaban a la rebeldía juvenil durante las décadas anteriores en meros “técnicos”, supuestamente apolíticos, y el debilitamiento de la herencia antimperialista de la Reforma estudiantil de 1918 en aras del financiamiento externo, la serialización administrativa del trabajo y la organización burocrática de la institución universitaria (con sus departamentos cuasi empresariales que incorporaban a la estructura de la UBA la cadena de montaje por donde iban pasando los datos a manipular: “la Dirección, Oficina Estadística de Muestreo, Oficina de Encuestadores, Oficina de Codificación, Cómputos y Análisis y la Oficina de Compilación Mecánica”) (Blanco: 2006, p. 204). Una fábrica de “especialistas” que ofertaban sus técnicas de estadística, encuestología y cuantificación empírica, según quien pague, al mejor postor. Todo en nombre de un saber sin ideología. Un antecedente directo del modelo eficientista que en los ’90 instalaría como hegemónico la contrarreforma universitaria del Banco Mundial en el conjunto de universidades latinoamericanas. Por eso tanta apología repetida sobre Germani.

Un dispositivo “apolítico” sustentado en la fascinación embriagante por la manipulación de datos. Aquello mismo que Pablo González Casanova denominó “el falso rigor empirista tan estrechamente asociado a las ciencias sociales predominantes hoy en Estados Unidos” (González Casanova: 2006, p. 11). Esa alucinación psicodélica que acompañaba el culto sagrado de los números se convertía, de modo análogo al de las sectas religiosas de los metafísicos pitagóricos durante la lejana antigüedad griega, en fuente de un irracionalismo ilimitado. Era la “racionalidad” de lo irracional. Informes estadísticos y papers repletos de números que dicen sencillamente... nada o que legitiman posiciones políticas previamente adoptadas antes de consultar cualquier estadística. Para esta corriente sociológica germaniana, el solo hecho de invocar estadísticas transforma el dato más nimio e irrelevante en un comodín mágico que explica y despeja todas las incógnitas. Es ampliamente conocido el modo cómo Gino Germani adornaba con números y estadísticas sus prejuicios políticos indisimuladamente liberales, que en su época de apogeo —cuando era el dueño absoluto de la institución— acompañaban adhesiones y posicionamientos furiosamente antiperonistas. La apelación a las estadísticas, en su discurso con pose de “científico” y “técnico”, legitimaba opiniones políticas bien mundanas y terrenales, asumidas de antemano.

Bajo el manto aparentemente neutral de “la ciencia” Germani promocionaba una ideología. “Un discurso en función puramente ideológica”, señalaba Eliseo Verón en una crítica temprana a Germani, “es aquel que se presenta como el único discurso posible sobre la realidad a que se refiere. El discurso científico, por el contrario, si bien está sometido como aquel a las mismas condiciones de producción (vale decir, deriva de reglas constructivas de naturaleza evaluativa), revela estas condiciones: aparece, así como un discurso entre varios posibles, como un discurso «relativo». [...]. Volvamos al planteo de Germani [...] de esta manera nos acercamos a uno de sus puntos cruciales: la ideología (cierta ideología) se difundirá en nombre de la ciencia [...] Lo objetable es ese mecanismo que transforma el discurso científico en un discurso ideológico: presentar los resultados conceptuales de decisiones teóricas y los principios de una estrategia cultural que descansan en una ideología, como algo «natural», en nombre de la ciencia” (Verón: 1968).

La proliferación de números y el reguero de cuadros no hacía entonces más que perfumar sus generalizaciones ideológicas y endulzar sus vaguedades conceptuales, heredadas de la sociología oficial de los Estados Unidos (el estructural funcionalismo).

Sin embargo, ningún reinado es eterno. La matrícula de Sociología iba creciendo de manera vertiginosa. “En 1957, primer año de funcionamiento de la carrera de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, se inscribieron 67 alumnos. En 1958, 1959, 1960 la carrera contó con 86, 143 y 170 alumnos respectivamente. En 1966 el alumnado de la carrera estaba próximo a los 1500 alumnos”. En 1966 el cuerpo docente llegaba a las 40 personas.

Con las nuevas y crecientes camadas de cursantes aparecerían nuevas agrupaciones estudiantiles en disputa y nuevas corrientes políticas que ya no se subordinan al “héroe modernizador”. En 1963 estalla el conflicto estudiantil al interior de la academia, con una huelga contra las materias de Metodología. Los organizadores —entre los que se encontraba Daniel Hopen y muchos otros sociólogos críticos— cuestionaban a voz en cuello el empirismo asfixiante entonces en boga. Al año siguiente, por fuera de la academia, Milcíades Peña (un investigador de ningún modo reacio al análisis de los números y las estadísticas... ya que en su revista abundaban por doquier) se animó a señalar que el rey ítalo-argentino del empirismo sociológico y de “la gran Teoría” estaba sencillamente desnudo. Llamándolo con ironía “apologista de la democracia burguesa y consultor en desperonización”, Milcíades Peña le recordaba a Gino Germani que Wright Mills [1916-1962], autor prologado por este último, iba precisamente a contramano de su prologuista local, pues “reivindicaba la gran tradición de los sociólogos clásicos: el pensamiento individual frente a los equipos de tecnócratas, la artesanía intelectual frente a los institutos burocráticos dedicados a levantar encuestas y cuantificar trivialidades”. Milcíades Peña [seudónimo “Alfredo Parera Dennis”] (1964, p. 39).

Más cercano a la tecnocracia de los institutos burocráticos, a la encuestología marketinera y a la cuantificación entreverada de hechos relevantes y de trivialidades, todas codificadas en el mismo plano,

Germani es el gran precursor histórico de aquello que muchos años después, en los '90, de la mano del Banco Mundial, se convertirá en figura hegemónica del mundo universitario: “el especialista profesional”. Refugiado en su nicho, su financiamiento exterior y en la parcela de su “recorte de estudio”, acepta la totalidad del orden social como dado y no cuestiona nada, porque cuestionar sería... “anticientífico”, “irracional” y violaría las reglas del “oficio del sociólogo”.

La crítica de la revista Fichas no era una boutade de Peña. No había exageración alguna en su impugnación metodológica contra Germani. Éste último, aunque pretendía posar de progresista y renovador al incrustarle un prólogo contra natura a la obra *La imaginación sociológica* del prestigioso Wright Mills, en sus libros defendía exactamente todo lo contrario a lo preconizado por el sociólogo crítico estadounidense (Wright Mills: 1994). Por ejemplo, en su ensayo *Política y sociedad en una época en transición*, Germani homologaba el punto de vista científico con “el punto de vista del observador [...] y que por brevedad podríamos denominar objetivo este punto de vista, ya que evita o limita las connotaciones valorativas” (Germani: 1962, p. 39). ¡El horizonte epistemológico exactamente antagónico al que sostenía Wright Mills y contra el cual éste combatía!

Mientras su prologuista vernáculo educaba a los jóvenes estudiantes de la recién creada Carrera de Sociología en el culto de la “neutralidad valorativa” y en la admiración metodológica hacia la sociología norteamericana (incluidos los subsidios “filantrópicos”), Wright Mills escribía su “Carta a Walter Klink” (New York, 13/3/1961) reflexionando con amargura: “Sí, quizás más personas de las que podría creerse comparten mi visión de Cuba, o al menos son capaces de escucharla con atención. Hemos vendido ya más de 370.000 ejemplares y estamos pensando en hacer otro tiraje grande. Pero lo único que he aprendido de toda esta experiencia es algo terrible: la cobardía moral de los intelectuales estadounidenses es casi total”. (Wright Mills: 2004, p. 386).

Se trataba del libro sociológico, de ningún modo cuantitativo ni neutralmente valorativo, que Wright Mills había escrito al regresar de Cuba, donde se entrevistó varias veces con Fidel Castro y el Che Guevara entre el 8 y el 24/8/1960. Aquella obra se tituló: *Escucha yanqui* [Título original en inglés *Listen yanqui (The Revolution in Cuba)*]. Publicada en New York en 1960 y en México en 1961. Desde la primera tirada en la que sobrepasó las 370.000 ventas hasta hoy, medio siglo después, el libro de Wright Mills ha superado con creces el millón de ejemplares y ha sido traducido a infinidad de idiomas.

Wright Mills no dejaba lugar a dudas ni ambigüedades cuando en la intimidad, en una carta fechada en New York el 18/3/1961, alertaba a sus padres: “Queridos mamá y papá: No deben poner atención a lo que digan los periódicos de porquería y la TV acerca de mi libro ni acerca de Fidel. Mienten” (Wright Mills: 2004, p. 383).

A contramano de la propaganda interesada (altamente valorativa) que preconizaba Germani entre sus jóvenes estudiantes, la comunidad académica de Estados Unidos no era de ningún modo pluralista, abierta ni tolerante con las diversas teorías sociológicas en disputa. El FBI vigilaba en forma permanente a Wright Mills (en su domicilio y en la universidad, en las aulas y en los institutos de investigación), quien a pesar de su prestigio, renombre y reconocimiento público mundial como sociólogo académico llegó a recibir incluso amenazas de muerte por su defensa de la revolución cubana y el Che Guevara y dormía con una pistola en su mesa de luz, preparado para repeler cualquier atentado (Wakefiels: 2004, p. 43).

Wright Mills no fue una mosca blanca en la universidad estadounidense, tan sumisamente admirada, de forma unilateral, por el supuesto “padre fundador” de la sociología argentina. A contracorriente de la mercancía académica cuyo portavoz exclusivo se presentaba Germani, Alvin Gouldner, otro sociólogo crítico del funcionalismo, escribía: “La ideologización de la sociología no es un arcaísmo presente solamente en los «padres» de esta, muertos hace tiempo, pero ausente en los sociólogos verdaderamente modernos. En realidad se manifiesta con plenitud en la escuela de pensamiento que más ha insistido en la importancia de profesionalizar la sociología y de mantener su autonomía intelectual: la que fue elaborada por Talcott Parsons” (Gouldner: 1973, p. 51).

Cuando Germani se autopostulaba como el gran importador de modernidad sociológica en realidad ocultaba a su público local que había otras voces en las universidades norteamericanas con un discurso crítico exactamente opuesto al preconizado por el suyo.

Por ejemplo, impugnando los mismos mitos sociológicos que por entonces se vendían en la Universidad de Buenos Aires en nombre del discurso desterritorializado y universalizante de “LA CIENCIA”, Martin Nikolaus leyó el 26/8/1968 en la Convención Anual de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos (ASA) una intervención en la que les decía a sus “colegas profesionales”:

Esta convención es un embuste [...] un cónclave de sacerdotes, escribas, siervos intelectuales de alta y baja alcurnia [...] El sociólogo al servicio de sus amos es precisamente una especie de espía [...] No es un secreto ni un descubrimiento original, advertir públicamente que los sectores más importantes de la sociología se han dedicado a vender computadoras, códigos y cuestionarios [...] el servicio brindado a las clases gobernantes de esta sociedad es la forma más elevada de honor y la más grande proeza. El sociólogo laureado y el de alto status, el de abultado contrato, el sociólogo de alto turismo, el que publica un libro por año, y el que lleva la librea, el traje y la corbata de sus jefes, es el que da el tono y la ética de la profesión y en realidad no es ni más ni menos que un sirviente doméstico en la institución corporativa, un blanco Tío Tom intelectual no sólo para su propio gobierno y clase gobernante sino para cualquiera de los existentes” (Nikolaus [26/8/1968], en Touraine et al.: 1970, p. 29).

Enfrentando entonces política y metodológicamente el ángulo sociológico impulsado y recomendado por Wright Mills en la obra *La imaginación sociológica*, y por todas esas otras voces críticas dentro de EEUU, Gino Germani inaugura un género literario propio: el ensayismo estadístico. ¿O acaso no deberían ubicarse allí las afirmaciones del sentido común, absolutamente genéricas e indeterminadas, que van desde el antiperonismo más visceral hasta el anticomunismo más furioso, ambos lugares comunes del liberalismo socialdemócrata (laico, urbano, modernizador, institucionalista y burgués), que aparecen en los ensayos de Germani sobre “la estratificación” de la estructura social argentina?

Aunque no deja de ser cierto que en Harvard [Estados Unidos], donde pasó sus últimos años de vida, Germani “protegió” a algunos estudiantes argentinos progresistas, su “testamento político” no deja margen a la duda. Para evitar cualquier suspicacia al respecto, segerimos consultar su último trabajo de 1979, titulado “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”, redactado en Estados Unidos. Un texto emblemático que corona tres décadas de ejercicio cientificista de la sociología. En él aspira a sintetizar en gran escala sus opiniones políticas y teóricas, formuladas con pretensiones sociológicas, antropológicas e incluso psicológicas de alcance general.

Allí no duda en concluir que los “movimientos socialistas o comunistas nacionales” —refiriéndose concreta y específicamente al Tercer Mundo y en particular a los de América Latina— “resultaron estar entre los peores enemigos de la democracia y la libertad” (Germani: 1979, en Mera & Rebón: 2010, p. 686).

Germani no se ahorra nada, incursionando incluso en temas sobre los que era un completo ignorante, como los Grundrisse (en cuya edición castellana había participado su discípulo Miguel Murmis, a quien al menos podría haberle consultado), cuando caracteriza a Marx como “un vulgar pensador evolucionista unilineal” (Germani: 2010, p. 660), desconociendo todo el debate sobre el modo de producción asiático sobre el cual opina con una liviandad supina sin siquiera consultar bibliografía especializada al respecto.

Cuando en 1979 Germani escribe este diagnóstico y este balance de madurez sobre la sociedad moderna en general y sobre América latina en particular, ubicando en el socialismo y el comunismo a “los peores enemigos de la democracia y la libertad”, en Argentina gobernaba la feroz dictadura militar del general Jorge Rafael Videla (ejército) y del almirante Emilio Eduardo Massera (marina). Todavía en 1979 las desapariciones eran moneda corriente durante aquella dictadura genocida. Muchos de sus propios alumnos y estudiantes de sociología estaban siendo secuestrados, torturados, violados y desaparecidos. Daniel Hopen y Roberto Carri (probablemente los más renombrados sociólogos desaparecidos que habían estudiado en sus aulas) entre muchos otros y otras.

Germani fue a todas luces un precursor, pero no sólo por su singular estilo sociológico y su método empirista que se escudaba en la pantalla aparentemente neutral de “las estadísticas” y “los cuadros” para promover la teoría burguesa de la modernización, el desarrollismo económico y el liberalismo político (tres tópicos que luego serían seriamente cuestionados por la teoría marxista de la dependencia, entre otras expresiones de la teoría crítica latinoamericana).

También fue precursor por haber inaugurado el estrecho vínculo de financiamiento y la recepción “académicos” de subsidios provenientes de los aparatos del gran capital de Estados Unidos a través de la Fundación Ford, al recibir por primera vez en aquella época una abultada suma de varios miles de dólares de las angelicales, bondadosas y “desinteresadas” instituciones norteamericanas. La cantidad de dólares recibidos en esos primeros subsidios y “ayudas desinteresadas” está sometida a discusión y debate. La profesora Inés Izaguirre, una de sus alumnas y becarias de aquel entonces, discute y reprocha a sus críticos al afirmar que Germani tan sólo recibió diez mil dólares (10.000 USD) de la Fundación Ford (Solari: 2000, en González: 2000, p. 499). Sin embargo, John King constata que “Solamente en el año 1960 el Departamento de Sociología [de la Universidad de Buenos Aires-UBA.N.K.] recibió de la Fundación Ford doscientos diez mil dólares (210.000 USD) y de la Rockefeller treinta y cinco mil dólares (35.000 USD)” (King: 1985, p. 19). O sea que en total recibió, en tan solo un año, 245.000 USD. Estas últimas cifras son reafirmadas por Neiburg, F. (1988, p. 246).

¿Fue entonces una simple “casualidad” que Gino Germani figurara entre los asesores internacionales del tan controvertido Proyecto Camelot?

Si se evalúa en perspectiva de larga duración, el proyecto sociológico Marginalidad (también financiado por la filantrópica y altruista Fundación Ford) que generará la denuncia de Daniel Hopen y otros sociólogos antiimperialistas de América latina en la siguiente década, junto con la aguda crítica del biólogo e investigador Daniel Goldstein, será la prolongación —profundizada y ya sin matices— del circuito comenzado a construir por Germani, vinculado desde una década antes a la órbita del financiamiento capitalista internacional, principalmente de factura norteamericana.

En la universidad intervenida a partir del golpe de estado militar de 1955 Germani reclutó rápidamente seguidores. Los sedujo sin dificultad. Muchos de ellos provenían de la socialdemocracia entusiastamente antiperonista. A nivel profesional, sus jóvenes admiradores habían estudiado ingeniería (Juan Carlos “Lito” Marín), filosofía (Miguel Murmis e Inés Izaguirre) y economía (Jorge Graciarena). A decir verdad, su maestro, Gino Germani, sólo había alcanzado título de grado en filosofía. Sin un gran conocimiento del marxismo y en esa época sin haber todavía estudiado a fondo *El Capital* de Marx..., el empirismo de Germani los cautivó abruptamente. Se presentaba como renovador y modernizante. Sonaba atractivo. Otros seguidores iniciales fueron Ana María E. de Babini, y Eliseo Verón (ambos de filosofía), Magalí Sarfati, Ruth Sautu, Gloria Cucullu, Cantón, etc. Mientras Germani dirigió la carrera de Sociología no se estudiaron curricularmente textos marxistas ni tampoco había seminarios o teorías sociológicas especiales dedicadas a *El Capital* de Karl Marx.

Su hegemonía comienza a resquebrajarse a partir de 1962 y de allí en más se profundiza. Algunos estudiantes suyos empiezan a radicalizarse políticamente prestando atención a los ecos de la revolución cubana y a las protestas sociales de la vida política argentina. Otros regresan de posgrados y becas fuera de Argentina (principalmente Francia, como Eliseo Verón) reclamando la incorporación de otros paradigmas diversos a la sociología norteamericana y de textos marxistas, por entonces ausentes en los planes de estudio locales. Eso provoca una crisis en la carrera de Sociología y Germani termina renunciando, siendo reemplazado por Jorge Graciarena hasta 1966.

Pero en medio de la crisis, en 1964, se crea el Centro de Sociología Comparada en el Instituto Torcuato Di Tella y la Revista Latinoamericana de Sociología, igualmente patrocinada por el Instituto Di Tella y bajo inspiración de Germani, preparando el desplazamiento de la universidad pública hacia la empresa privada. También en ese ámbito privado Germani trabaja como asesor de la editorial Paidós, donde la Biblioteca de

Psicología Social y Sociología publica trabajos de psicología en versión norteamericana. Como asesor de Ariel y de Paidós, Germani ya había preparado varios prólogos y presentaciones, entre otros el de un (triste) ensayo de Karl Popper que haría historia convirtiéndose en un clásico de la guerra fría *La sociedad abierta y sus enemigos* (1957). Un vulgar panfleto anticomunista.

## DE GINO GERMANI A LENIN: LA EXPERIENCIA MARXISTA DEL CICOSO

De ese primer y heterogéneo abanico multicolor, aquellos discípulos de Germani que poseían mayores inclinaciones progresistas o de izquierda comienzan a sentirse incómodos tanto al calor de la coyuntura política local (donde el sindicalismo obrero —burocrático o antiburocrático— crecía en su poder de oposición frente a la proscripción del peronismo mientras las capas de la pequeñoburguesía estudiantil entraban en crisis con sus representaciones políticas habituales) como bajo el influjo continental de la revolución cubana, en la nueva modalidad del comunismo continental bajo hegemonía de Fidel Castro y el Che Guevara.

En la especificidad del ámbito sociológico y como producto de ese primer proceso de radicalización juvenil, algunos discípulos de Germani terminan combinando profusas citas de Lenin (sobre todo del joven Lenin, autor de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* —donde abundaban las estadísticas— y también de ¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas? — texto en el cual Lenin defiende a Marx en clave radicalmente objetivista, cuando todavía no había estudiado la *Ciencia de la Lógica* de Hegel-) con un eclecticismo metodológico que mezclaba alegremente a Marx con fanáticos neopositivistas antimarxistas como... Mario Bunge. Aunque quien lea estas líneas pueda sorprenderse de que un marxista mínimamente informado tenga simpatías o admiración por Bunge, se trata del mismo epistemólogo que afirmaba “Es notable que las opiniones de Marx y Engels sobre el condicionamiento social del conocimiento y la parcialidad de la ciencia social hayan sido tan influyentes, pues se trataba de puntos de vista esquemáticos, asistemáticos y no demasiado claros”. Sin ambigüedad alguna Bunge remataba su posición frente al marxismo caracterizando al “materialismo histórico y dialéctico” como “una filosofía más bien burda y anticuada” (Bunge: 1998, pp. 23, 29). Esa tesis la ha repetido en gran parte de su obra teórica y en innumerables entrevistas periodísticas, siempre con un estilo provocador y desafiante, perteneciente a la corriente menos sutil, más beligerante y metafísica del neopositivismo.

En nombre del cientificismo y del “anti-ensayismo”, los primeros discípulos rojos de Gino Germani realizaban una amalgama y un sincretismo entre Germani y Marx, entre Piaget y Durkheim, entre Lenin y Bunge. (Todavía en 1982, dos décadas más tarde de aquella primera crisis de la sociología local, Juan Carlos Marín y Beba Balvé (1935-2008) cerraban la presentación de un nuevo plan de investigación del CICOSO de la siguiente manera: “Un saludo—desde lejos— a Mario Bunge, cuya obra da placer leer y sirva la experiencia CICOSO como una ejemplificación acerca de la COSA RARA” (Balvé & Marín: 1982, p. 9).

¡Todo en nombre de “la ciencia marxista!”. Una mirada sobre la sociedad, las luchas y el marxismo radicalmente objetivista que desestimaba cualquier presencia de la subjetividad y las experiencias y estructuras de sentimiento de clase en los conflictos sociales neutralizándolas, licuándolas y pulverizándolas de antemano utilizando de manera inmunizante y explicativamente inflacionaria la categoría de “personificación” con la cual la historiografía social de la lucha de clases y el psicoanálisis quedaban completamente fuera del radio y de la órbita sociológica (muy acorde al odio que Sigmund Freud generaba en la filosofía de la ciencia de Mario Bunge, casi tan odiado para este epistemólogo neopositivista como Marx).

Semejante cóctel metodológico, objetivista al extreme —que más tarde vino a empalmarse y reforzarse con la recién llegada moda althusseriana de una historia concebida como supuesto “proceso sin sujeto”—, sustentaba su ácido brebaje en una previa descalificación de todo análisis sociológico crítico y todo pensamiento social que no estuviera adornado por estadísticas, perfumado con encuestas y servido a la carta con abundantes números (de hechos relevantes y también de fenómenos aleatorios e insignificantes

que aparecieran en los medios de comunicación, lo determinante era poder cuantificar de cualquier modo como sinónimo de cientificidad). Para esta curiosa y no por ello menos original concepción sobre la sociedad y sobre Marx, el marxismo revolucionario y radical de José Carlos Mariátegui, militante de la Internacional Comunista, podría ser rápidamente clasificado y desestimado como... “metafísico”, mientras se suscribían disciplinadamente, sin alzar la voz, mover las cejas ni mayores discusiones las tesis vulgarmente socialdemócratas y antiperonistas de Gino Germani, entendidas como el non plus ultra de “LA CIENCIA”, a secas.

Una vez desbrozado el terreno de legitimación de la palabra propia dentro del campo sociológico a partir de una meticulosa estrategia discursiva consistente en la descalificación tajante hacia el “ensayismo” ajeno, de otros representantes de la izquierda, esta corriente sociológica heredera de Germani se permitía proponerle a los estudiantes de Sociología el ensayismo propio, la metafísica “científica” que sin números ni estadística alguna especulaba, por ejemplo, sobre... “la universalidad de la especie humana” (Marín: 1995, pp. 145ss).

Germani deja entonces una impronta indeleble en todos sus discípulos socialistas de fines de los '50 devenidos a lo largo de la década del '60 en leninistas (siempre dejando a un lado al Lenin lector de la Ciencia de la Lógica de Hegel, arquitectura central, según Lenin, de El Capital de Marx (Lenin: 1974, p. 168).

A pesar de ese eclecticismo heredado del maestro y sus concesiones injustificadas al protector y tutor Germani, una década después de institucionalizada la carrera de Sociología sus discípulos más inquietos y radicalizados serán los fundadores del CICOSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales). Algunos nombres iniciales son Juan Carlos Marín, Miguel Murmis, Silvia Sigal, Inés Izaguirre, Eliseo Verón, Darío Cantón (en Buenos Aires), Francisco Delich (en Córdoba). Al poco tiempo se integran Beba Balvé, Beatriz Balvé, Roberto Jacoby. Hasta 1975 Miguel Murmis es su director. Luego lo reemplazan Juan Carlos Marín y Beba Balvé.

El CICOSO nace con la intervención del general Onganía a las universidades públicas el 29/7/1966 (para entonces Germani ya se había alejado, como acotamos, de la dirección de la carrera). En ese año entre 8.000 y 8.600 docentes abandonaron sus cargos en la Universidad de Buenos Aires. Aunque algunos docentes de Sociología decidieron continuar en sus puestos (por ejemplo Eliseo Verón, Miguel Murmis y Silvia Sigal), a partir de marzo de 1967 no fueron renovados sus contratos. De 28 profesores con formación en Sociología quedarán solamente cuatro. La mayoría fueron reemplazados por profesores de filosofía e historia y por sacerdotes.

Aunque nace formalmente en 1966, desde 1967 en adelante el CICOSO congregará a una importante fracción de sociólogos y sociólogas marxistas que investigan sobre la estructura de clases (desde el movimiento obrero sindicalizado hasta la situación en el agro) y los conflictos sociales (desde los enfrentamientos sociales hasta los alineamientos electorales) de la sociedad argentina, al margen de la intervenida UBA, publicando a partir de 1973 sus célebres Cuadernos de CICOSO. En 1973 llegan a congregar hasta 500 alumnos en rotación por cuatrimestre en sus diferentes cursos y seminarios (16 en total).

Dejando atrás su pasado juvenil proveniente de la socialdemocracia y el socialismo antiperonista y con el tutor Germani ya fuera de la Universidad argentina y del país, los integrantes del CICOSO acompañarán la radicalización general de las izquierdas, simpatizando con la insurgencia y con distintas expresiones del marxismo argentino (desde el maoísmo insurreccionalista al guevarismo, con menor influencia del peronismo revolucionario. Ninguno de ellos se acercó al comunismo).

Ya desprendidos del tutelaje del antiguo mentor Germani que los ataba a la institución académica y mucho más impregnados entonces por la emergencia de la izquierda revolucionaria a partir del Cordobazo argentino en mayo de 1969 y del proceso del cual Salvador Allende es expresión en Chile desde 1970 (Marín investiga las tomas de tierras impulsadas por el MIR), esta corriente sociológica producirá obras de sólida envergadura y alta calidad teórica que probablemente quedarán entre los anales más perdurables de la sociología argentina.

Para dar solo un ejemplo, Enrique Raab [1932-1977], militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT, desaparecido), hace una muy positiva recepción del libro Lucha de calles, lucha

de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969). Lo celebra y lo caracteriza como “un libro ejemplar”, completamente diferente a las modas editoriales y periodísticas que abordan las luchas sociales de manera superficial. Aun compartiendo las conclusiones del libro, no deja de señalarle metodológicamente la coexistencia de materiales heteróclitos yuxtapuestos: “reportajes grabados, descripción topográfica de los desplazamientos, información proporcionada por los diarios de esos días”. Al mismo tiempo, y sin dejar nunca de apoyar el ángulo político del libro, agrega “Más claramente todavía, cabría preguntarse si esta tentativa de despojar una lucha de calles de su elemento romántico —eso que la semántica burguesa llama heroísmo— es en sí mismo un método suficiente para determinar, científicamente, la victoria o la derrota de esa acción” (Raab: 1999, pp. 199-202).

Y no fueron obras aisladas, sino que conformaron dentro de un programa de investigación toda una corriente de pensamiento, una auténtica tradición.

Algunas de ellas, incluso, sobrepasaron el restringido perímetro del aula universitaria y fueron consultadas por la policía y las Fuerzas Armadas argentinas como material de estudio sobre la insurgencia. Obras, todas y cada una de ellas, sumamente rigurosas que bien valdría la pena leer y estudiar.

## EL COMUNISMO DE GRAMSCI EN EL MARXISMO ARGENTINO

Si los principales impulsores e impulsoras del CICSO militaban en su juventud en el Partido Socialista, Juan Carlos Portantiero (1934-2007) y José María Aricó (1931-1991) provenían en cambio del Partido Comunista con el cual rompen a inicios de los años '60 cuestionándole su “reformismo y stalinismo”.

Entre ambos impulsores de la revista y editorial Pasado y Presente (así bautizada en homenaje al autor de los Cuadernos de la cárcel) siempre existió una divisoria de tareas. Al reconstruir su historia, ambos coinciden en que Aricó permaneció más apegado al plano analítico y Portantiero incursionó más en problemáticas políticas coyunturales. De los dos, Portantiero fue además quien se volcó de lleno a la sociología. En esta carrera, a partir de 1970-1971, lidera el movimiento de las autodenominadas “Cátedras Marxistas”, en confrontación con las llamadas “Cátedras Nacionales” y en ruptura tanto metodológica como política con la herencia de Gino Germani. Las cátedras que dirige entonces Portantiero son “Introducción a la Sociología” y “Sociología Sistemática”.

Más inspirado en Gramsci que Marín y Balvé, Portantiero desarrolla primero un extenso estudio marxista sobre el proceso de la Reforma Universitaria de Córdoba y su repercusión en todo el continente, producida medio siglo antes que el mayo del '68 parisino (Portantiero: 1978). Luego, junto con Miguel Murmis redacta Estudios sobre los orígenes del peronismo (Portantiero. y Murmis: 2006). Allí someten a discusión las generalidades vagas e indeterminadas —supuestamente “científicas” y “empíricas”— de Gino Germani, poniendo distancia frente a la supuesta pureza metodológica “anti-ensayista” de Germani. En el prólogo a la segunda edición de Estudios sobre los orígenes del peronismo sus autores señalan que “Este libro convoca tanto a los textos de la sociología universitaria, nacional y extranjera, como a otros más ligados a la preocupación de escritores políticos, muchas veces llamados —con algún matiz peyorativo— ensayistas”. La referencia expresada en tono impersonal contra esa actitud peyorativa iba dirigida claramente, con mucha elegancia, a Germani. En este texto emplean ampliamente la teoría leninista y gramsciana de la hegemonía. Posteriormente, Juan Carlos Portantiero agrega un ensayo más teórico dedicado específicamente al paradigma del propio Gramsci. (Portantiero: 1981). Como ensayo, dicho texto fue redactado originariamente en 1975 (antes del exilio en México), época en la cual el autor simpatizaba aún con el peronismo de izquierda.

En los años '60 e inicios de los '70 el joven Portantiero (previamente a su exilio mexicano en el cual experimenta una conversión completa y se incorpora de lleno a la socialdemocracia para regresar a la Argentina como asesor del presidente Raúl Alfonsín, en los '80, y como decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA entre 1990 y 1998) comparte la inspiración marxista con sus compañeros del CICSO.

Allí, en ese centro de investigación, dicta algunos cursos, en los primeros '70, al igual que Murmis y Aricó, pero sin hacer suyas las tentaciones metodológicas eclécticas del empirismo de Gino Germani y menos aún del neopositivismo extremo de Mario Bunge.

Ni asumiendo un punto de vista marxista (en los '60 y primera mitad de los '70) ni tampoco como convencido reformista socialdemócrata (segunda mitad de los '70, en los '80 y los '90), Portantiero nunca coquetea con los axiomas escolásticos de Germani.

Las razones de ese distanciamiento seguramente estarían determinadas por las críticas fulminantes de Antonio Gramsci en sus Cuadernos de la cárcel contra la sociología y el empirismo (particularmente en su Cuaderno N°11 donde cuestiona el Ensayo popular de sociología de Nikolai Bujarin), así como también contra la familia del positivismo y el neopositivismo en todas sus variedades y tendencias.

Al desplazarse Portantiero y Aricó —arrastrando detrás suyo a todo un colectivo intelectual de amplia influencia académica— hacia la socialdemocracia, dejan vacante el espacio político gramsciano dentro de la sociología política y las ciencias sociales argentinas.

Ese lugar vino a ser ocupado, en un contexto histórico muy diferente (post-dictadura), por Atilio Borón, quien al regresar de su exilio en México sigue un derrotero opuesto al de Aricó y Portantiero. Si estos dos últimos comienzan su trayectoria juvenil en el comunismo y el marxismo y terminan en la socialdemocracia cuestionando a la revolución cubana y su “invasión de África” [sic] (así llamaron a la solidaridad cubana con Angola en su guerra antirracista y anti apartheid contra el régimen neonazi sudafricano), Borón invierte la ecuación. Comienza en tiempos de estudiante en el catolicismo renovador de los años '60, pasa en los '70 al socialismo (sobre todo impactado, cuando él estudiaba en Chile, por la experiencia de Salvador Allende) y de allí en más, en forma progresiva e ininterrumpida, va asumiendo la identidad marxista y comunista, defendiendo públicamente el Qué hacer de Lenin, (Borón: 2004, en Lenin: 2004), a la revolución cubana con Fidel Castro, al proceso bolivariano con Hugo Chávez y a diversas organizaciones insurgentes.

El Gramsci comunista de Borón polemiza con el Gramsci socialdemócrata del último Portantiero y Aricó y con el posmoderno de Ernesto Laclau.

## LA CRÍTICA DE LA SOCIOLOGÍA NEUTRAL EN LAS “CÁTEDRAS NACIONALES”

Confrontando con aquella tradición sociológica encarnada en Gino Germani que con dinero de la Fundación Ford le daba barniz “científico” al viejo y apolillado liberalismo de cuño desarrollista, una nueva corriente hacía su aparición en la Carrera de Sociología tras la intervención militar de 1966. Sus principales impulsores son dos intelectuales vinculados al catolicismo post-conciliar, tradicional, pero al mismo tiempo progresista (acorde a la renovación del cristianismo latinoamericano de aquella década que recibió el influjo continental de Camilo Torres). Uno de ellos, Justino O'Farrell (sacerdote católico con estudios de posgrado en sociología en Berkeley), se hace cargo del dictado de la materia Sociología Sistemática; el otro, Gonzalo Cárdenas (de formación económica en la tradicional Universidad belga de Lovaina, donde también estudió Camilo Torres y daba clases François Houtart), dicta Historia Social latinoamericana. Ambos impulsan las llamadas “Cátedras Nacionales”: “Sociología de América latina” (1968); “Sociología sistemática” (1968); “Conflicto social” (1968); “Problemas económicos argentinos” (1968); “Problemas socioeconómicos de América latina” (1968); “Nación y Estado” (1971); “Proceso y estructura de la dependencia en la Argentina contemporánea” (1972); “Seminario Dependencia y estructura social e institucionales en Argentina 1943-45” (1972) (Ghilini: 2011).

Las dos principales publicaciones de este espacio ideológico fueron la revista *Envido*. Revista de política y ciencias sociales (10 números entre julio de 1970 y noviembre de 1973) y *Antropología del Tercer Mundo* (entre noviembre de 1968 y marzo de 1973). Colateralmente podría ubicarse a la revista *Cristianismo y revolución* (dirigida al comienzo por Juan García Elorrio y, luego del supuesto “accidente” en el que probablemente fue asesinado, por su compañera Casiana Ahumada). Aunque esta última poseía más

heterogeneidad ideológica que las dos anteriores y estaba vinculada mucho más directamente, en sus inicios, con el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSPTM) y luego con la lucha armada, tanto de las organizaciones insurgentes Montoneros y FAP [Fuerzas Armadas Peronistas] como del ERP [Ejército Revolucionario del Pueblo].

Entre los principales intelectuales que se enrolaron en las “Cátedras Nacionales” se encuentran Justino O’Farrell, Alcira Argumedo, Horacio González y Roberto Carri. En esa experiencia y en las revistas colaboraban también Arturo Armada (director de *Envido*), José Pablo Feinmann, Ruben Dri, Guillermo Gutiérrez (director de *Antropología del Tercer Mundo*), Ricardo Sidicaro, Ernesto Villanueva, Gunnar Olsson, Norberto Wilner, Ana María Caruso, Enrique Pecoraro, Eduardo Jorge, Luis Bocco, César Mendieta, Amelia Podetti y Pedro Krotsh, Norberto Habegger, Juan Pablo Franco, entre muchos otros y otras.

No obstante inspirarse en Marx, tanto el CICSO como las “Cátedras Marxistas” se componían de un arco ideológico sumamente heteróclito (ya que allí convivía la mayor parte del abanico marxista en sus diferentes tendencias y paradigmas, desde los germanianos hasta los de origen comunista gramsciano, desde los althusserianos hasta los historicistas, desde los maoístas hasta los guevaristas y castristas). Por comparación, las “Cátedras Nacionales”, a su vez, eran todavía mucho más heterogéneas en cuanto a orientación ideológica de sus integrantes, acorde al carácter movimientista —es decir: partidarios de la forma movimiento de organización y no de la forma partido— del peronismo al que políticamente adherían. Y si fueron heterogéneas cuando vivieron su apogeo a inicios de los años ‘70, al punto que entran en crisis interna y un grupo redacta y difunde una autocrítica pública, dentro de esta tradición de pensamiento social esa diversidad se multiplicó al infinito años después (en sus sobrevivientes, posteriormente a la dictadura militar genocida de 1976-1983). Sólo al costo de homogeneizar forzosamente y aplanar a posteriori esa variedad de corrientes, matices y tendencias puede hablarse de un “pensamiento nacional” a secas y común a todos ellos. En realidad, la disparidad de visiones, perspectivas teóricas, constelaciones culturales, estilos discursivos, identificaciones políticas y ángulos metodológicos resulta abrumador. No es lo mismo Juan José Hernández Arregui que Jorge Abelardo Ramos; Arturo Jauretche que Rodolfo Puiggrós o Carlos Olmedo; Scalabrini Ortiz que Ortega Peña y John William Cooke, así de seguido. Casi lo mismo puede afirmarse del poblado y heterogéneo abanico de las “Cátedras Nacionales”.

Ni los sociólogos herederos de Gino Germani eran propietarios y poseedores de “LA CIENCIA” (con mayúsculas) ni la adhesión al peronismo agotaba en exclusividad “EL PENSAMIENTO NACIONAL” a secas (también con mayúsculas). Ambas corrientes, motes y tradiciones son construcciones a posteriori. Esas caracterizaciones y denominaciones constituyen relatos autolegitimantes asumidos como tales por estas tradiciones sociológicas que sobreviven, cada una a su modo, hasta nuestro tiempo.

Dicha heterogeneidad política, ideológica y metodológica se multiplica exponencialmente al interior de las “Cátedras Nacionales”.

Por ejemplo, el filósofo José Pablo Feinmann, clasifica y despacha a Marx, sin grandes ceremonias, como “un pensador del imperio” [británico] (Feinmann: 1982, pp. 126-129). Supuestamente, un “librecambista” a ultranza pro Inglaterra (por lo tanto, enemigo del mundo colonial y dependiente). Así de simple y sencillo, sin mayores trámites.

Prácticamente la misma posición asumida por Norberto Wilner, quien en 1970 ubica y caracteriza a Marx como un triste partidario del imperialismo librecambista. (Wilner: 1970, pp. 29-40). Sin embargo, dos años más tarde, Wilner firma un “Documento autocrítico de las ex Cátedras Nacionales. De base y con Perón”, que en su estilo de redacción y en la mayoría de sus tesis tiene la impronta de Roberto Carri. En dicho documento se sostiene todo lo contrario a la tesis originaria de Feinmann y Wilner sobre Marx, cuando sus firmantes se autocritican: a) por haber insistido en la hipótesis de la supuesta existencia de dos imperialismos (EEUU y la URSS), “sin priorizar que nuestro enemigo principal es el imperialismo yanqui”, y b) por haber opuesto “teóricamente peronismo y marxismo”. El motivo de esta autocrítica nace, según sus autores, “cuando en

marzo de 1971, [el dirigente sindical burocrático de la derecha peronista.N.K.] José Rucci apela en la ciudad de Rosario —para descalificar a la CGT de Córdoba [nucleamiento sindical antiburocrático y combativo. N.K.]— a argumentos similares a los manejados en la universidad [...] Este fue un serio llamado de atención y comienza a sentirse la necesidad de la autocritica de las «cátedras nacionales»<sup>41</sup>. En el décimo número de la revista *Antropología del Tercer Mundo* de junio de 1972, ese documento autocrítico aparece firmado por once intelectuales: Justino O’Farrell, Guillermo Gutiérrez, Alberto Olsson [sic, no dice Gunnar sino Alberto], Jorge Carpio, Néstor Momeño, Norberto Wilner, Roberto Carri, Enrique Pecoraro, Sasá Altaraz, Susana Checa y Marta Neuman. (Baschetti: 1995, pp. 437-450).

Wilner se autocritica entonces. En cambio, Feinmann no aparece firmando la autocritica. Mantiene su distanciamiento cuestionador de Marx en libros de épocas posteriores (Feinmann: 1996).

Muchos años después de aquella primera experiencia político pedagógica de los años ‘70, una de sus principales integrantes, la socióloga Alcira Argumedo, más cuidadosa y sutil que Feinmann y sin caer en sus exabruptos, solo toma como criterio para describir el análisis social de Marx sobre las formaciones sociales periféricas y dependientes, sus escritos de 1853 sobre la dominación británica en la India. Según este análisis, pareciera que Marx nunca escribió nada más, ni una sola línea, antes de morir, apenas... treinta años después, en 1883 (Argumendo: 1996, p. 107).

Desmarcándose de estas posiciones, fácilmente refutables con solo tomarse el trabajo de consultar la obra de Marx, el sacerdote y teólogo de la liberación Rubén Dri, le dedicó más de una decena de libros a indagar sobre el vínculo Hegel-Marx defendiendo la pertinencia de la filosofía de la praxis para América latina, principalmente a partir de su exilio mexicano (aunque —según su testimonio personal— su primera lectura sobre Marx fue el libro *El pensamiento de Karl Marx* [primera edición 1956 en francés, traducido al español en 1966] del jesuita Jean-Ivez Calvez, quien leía los Manuscritos económico filosóficos de 1844 en clave de humanismo cristiano).

El sociólogo Horacio González, a su vez, se abocó a inicios de los años ‘70 a estudiar a Gramsci en clave nacional-popular y luego de sus estudios en Brasil desarrolló una prolífica obra más atenta a las inflexiones del discurso (fuertemente influido por la crítica literaria) y a las escenas estéticas de la política desde un ángulo que si bien nunca fue ni aspiró a definirse como marxista, tampoco compartió el macartismo de Feinmann.

De ese arco tan variado y heterogéneo sobresale por su relieve la figura del sociólogo y militante revolucionario Roberto Eugenio Carri (1940, desaparecido en 1977), uno de los más inquietos, brillantes y agudos exponentes sociológicos de las “Cátedras Nacionales”. A pesar de haber sido secuestrado a los 36 años, Carri deja una obra prolífica, en la que se destacan tres libros publicados ([1967] *Sindicatos y poder en la Argentina*; [1968] *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* y [1973] *Poder imperialista y liberación nacional* (las luchas del peronismo contra la dependencia) y una cantidad enorme de artículos, tanto en las mencionadas *Envido* y *Antropología del Tercer Mundo* como en los *Cuadernos de Marcha de Montevideo* y en una revista propia, publicada anteriormente, titulada *Estudios sindicales* y editada por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Carri dirigía esta revista con el nombre Roberto Cappagli, usando su apellido materno (para evitar represalias laborales). Todos esos textos están reunidos en (Carri: 2015. Tomo I y II).

A diferencia del trazo grueso, la caricatura y la simplificación extrema con que Feinmann (y el primer Wilner, anterior a la autocritica) condenaban a Marx e impugnaban al marxismo, Carri provenía del seno militante de esta tradición. Antes de volcarse al peronismo revolucionario, había militado en la Federación Juvenil Comunista, juventud del Partido Comunista (dato histórico aportado en su testimonio oral por su amigo y compañero, el sociólogo Juan Carlos Portantiero. Entrevista realizada por N.K. en su domicilio particular el 2/7/1999). Luego organizó y militó en el Centro de Estudios Sociales Luis Recabarren (Luis Emilio Recabarren [1876-1924] había sido fundador del Partido Obrero Socialista de Chile y cofundador del Partido Comunista argentino en enero de 1918. Junto con José Carlos Mariátegui [1894-1930], Julio Antonio Mella [1903-1929], Aníbal Norberto Ponce [1898-1938] y Agustín Farabundo Martí [1893-1932]

constituye uno de los exponentes principales de la primera generación del marxismo latinoamericano), nucleamiento que editaba la revista *El Obrero*. Desde esa posición, que criticaba la mirada sociológica genérica y simplificada sobre el sindicalismo argentino tanto de Gino Germani como de Torcuato Di Tella, el joven Carri propiciaba desde 1963 en adelante —luego de su alejamiento de las filas de los jóvenes comunistas— la formación de un partido obrero basado en los sindicatos.

Quizás por provenir del marxismo, su lectura del imperialismo y de la sociedad capitalista resulta más sutil y más rica que la de muchos de sus colegas y compañeros de las “Cátedras Nacionales”. Para comprender el capitalismo estos últimos adoptaban como criterio casi exclusivo a las expresiones burguesas, nacionalistas y desarrollistas de la teoría de la dependencia condensadas en la obra *Dependencia y desarrollo en América latina* de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (radicalmente diferente de la teoría marxista de la dependencia de Ruy Mauro Marini). En cambio, en sus análisis sociales Roberto Carri incursionaba en otras fuentes como V.I.Lenin (principalmente *El imperialismo, fase superior del capitalismo*), Paul Baran, Paul Sweezy y Harry Magdoff (teóricos marxistas del imperialismo de la *Monthly Review* de Estados Unidos), Eric Hobsbawm (historiador marxista británico), Theotonio Dos Santos (teórico marxista de la dependencia de origen brasileiro), André Gunder Frank (marxista de origen alemán que estudió en Chicago y en polémica con sus maestros neoclásicos de EEUU desarrolló su obra sobre el desarrollo del subdesarrollo capitalista en América Latina), Herbert Marcuse (el más militante y radical de los pensadores de la escuela de Frankfurt), Karel Kosik (marxista checo autor de *Dialéctica de lo concreto*), Frantz Fanon (teórico de la descolonización argelina en clave culturalista, prologado por Sartre) e incluso algunos otros autores marxistas clásicos mucho más difíciles de encontrar en esta constelación sociológica como Nikolai Bujarin y su obra *La economía mundial y el imperialismo* (comentada por Lenin). Con todo ese bagaje en la espalda, Carri sometía a discusión una imagen ingenua de la nación entendida como totalidad indivisible, sin clases ni lucha de clases, que como totalidad homogénea y compacta se opondría al imperialismo, siempre considerado como algo externo. Caracterizaba esa mirada, críticamente, como “romántica”. No cuesta demasiado identificar ese romanticism en la prosa de Juan José Hernández Arregui y su ontología de la cultura nacional. Por eso la redacción del documento autocrítico de 1972 lleva muy probablemente la marca de su sello (aunque esté firmado colectivamente).

No obstante esas sutilezas en el análisis teórico, la vorágine política lo llevó a adherir primero a la organización Peronismo de Base (como también lo hizo Rubén Dri) y posteriormente a la insurgencia de Montoneros, organización de la cual fue militante y combatiente (llegó a ser herido en combate), mientras que muchos otros de los integrantes de las “Cátedras Nacionales” se alejaron de la política inmediata y no sólo no firmaron la autocrítica de 1972 sino que además rechazaron de plano la lucha armada.

Como corriente global, el mayor acierto de las “Cátedras Nacionales” fue su impugnación de las figuras del “especialista” y del “sociólogo profesional” al estilo Germani (arquetipo que volvió a instalarse como hegemónico desde los años '90 hasta la actualidad), en sus vertientes más derechistas, e incluso su impugnación del perfil del “sociólogo asesor revolucionario [que] vuelve a su gabinete de investigación a esperar el sobre con los dólares que le envía periódicamente la fundación extranjera para la cual trabaja”, una clara alusión a la Fundación Ford, patrocinadora del Proyecto “Marginalidad”. Esta corriente de Roberto Carri no sólo cuestionaba de raíz el objeto de estudio de la sociología tradicional o sus métodos operacionalistas y formalistas de análisis sino incluso a la profesión misma, entendida en su sentido “técnico” y “neutralmente valorativo” al servicio de las fundaciones y empresas privadas. Ese ha sido sin duda su mayor aporte.

La principal limitación de esta corriente de pensamiento social reside en la indefinición ideológica que atravesaba a la mayoría de sus integrantes y adherentes, un eclecticismo no sólo metodológico sino principalmente político donde todo era licuado en el mismo rango, en el cual el nacionalismo a secas (más afín al populismo de Víctor Raúl Haya de la Torre o de Arturo Jauretche y José María Rosa que al marxismo latinoamericano de José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella o del mismo Che Guevara) terminaba

muchas veces predominando sobre la tradición rebelde y revolucionaria del marxismo. En sus expresiones más macartistas, desconfiar, sospechar o criticar a la burguesía y a sus instituciones equivalía a convertirse automáticamente en “cipayo” y “antinacional”.

Desde ese ángulo no resulta casual la complacencia que algunos de sus integrantes expresaron años después haciendo la apología de un supuesto papel progresista y liberador de la burguesía nacional que históricamente nunca pudo corroborarse.

Que la mayoría de sus integrantes hayan asimilado la teoría de la dependencia exclusivamente en sus expresiones desarrollistas, rechazando a sus vertientes marxistas (de las cuales el brasileño Ruy Mauro Marini es uno de sus más altos exponentes, junto con los otros brasileños Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra así como también el chileno Orlando Caputo Leiva) constituye un índice de ese eclecticismo político y esa indefinición ideológica que los arrastró finalmente hacia la apología burguesa, aun cuando algunos de sus miembros más tenaces y heroicos terminaron secuestrados, torturados y desaparecidos por esa misma burguesía en la que habían depositado infructuosamente sus esperanzas de emancipación.

## LA HERENCIA HERÉTICA Y DISRUPTIVA DEL MARXISMO LATINOAMERICANO

La estela ampliada y difusa de Germani y la descendencia de las “Cátedras Nacionales” no fueron las únicas corrientes y tradiciones existentes de la sociología en Argentina. Fueron, sí, las que lograron sobrevivir, perdurar y reinstalarse institucionalmente tras el huracán represivo y genocida de la dictadura militar de 1976-1983. Pero también existieron otras expresiones en la Carrera de Sociología que fueron aplastadas y borradas del mapa (incluyendo aulas, pasillos, institutos y bibliotecas) a sangre y fuego. Hoy están “olvidadas”. Sus representantes completamente desconocidos, sus materiales, obras y producciones inconseguibles, su pensamiento crítico y su ejemplo de vida fuera del horizonte tan siquiera pensable y de la agenda cotidiana para las nuevas generaciones de estudiantes de ciencias sociales. La dictadura militar argentina hizo bien su trabajo, hay que reconocerlo.

A diferencia de la escuela científicista de Germani y de la tradición de las “Cátedras Nacionales”, Silvio Frondizi [1907-1974] y Daniel Saúl Hopen [1939-1976] constituyen dos figuras difícilmente asimilables dentro de las tradiciones anteriormente analizadas. Su corriente nunca fue hegemónica. Hasta un autor tan moderado y mesurado como Francisco Delich reconoce que “Carente de institucionalización, por razones obvias, la sociología de orientación marxista, no tuvo nunca su momento hegemónico institucional” (Delich: 1977, p. 28). Sin embargo, a pesar del olvido sistemático que todavía hoy la rodea, la ninguna y pretende desconocerla, esa corriente de marxismo revolucionario existió.

Aunque pertenecientes a generaciones diversas y a núcleos familiares sumamente heterogéneos (uno integra una familia de notables en la elite de la política y la cultura argentina, donde conviven desde Arturo, un hermano presidente de la República Argentina hasta Risieri, rector de la Universidad de Buenos Aires [UBA]; el otro pertenece en cambio a una familia judía inmigrante de clase media, mucho más plebeya) Silvio y Daniel convergen en el horizonte del marxismo. Ambos son militantes y en tanto tales integran y hacen experiencias en distintas organizaciones revolucionarias de Argentina.

Tanto Silvio Frondizi como Daniel Hopen se ubican al interior de la sociología desde el paradigma y las coordenadas inequívocas de Marx, pero nunca repiten al autor de *El Capital* a partir de fórmulas mecánicas y tipos ideales eurocéntricos extraídos mecánicamente del Manifiesto Comunista, sino desde un marxismo estudiado, interpelado y resignificado en clave latinoamericana.

Comparten con sus compañeros de la escuela sociológica del CICSO el empleo de categorías de Marx y Lenin, pero sin jamás hacer concesiones metodológicas al positivismo. Silvio Frondizi, por ejemplo, era un ferviente admirador y promotor de la obra del marxista dialéctico Henri Lefebvre [1901-1991] y redactó en 1952 el “Prólogo” a Eugenio Werden [seudónimo]: *Materialismo dialéctico* (según Henri Lefebvre). Recordemos que Lefebvre, admirado por Silvio Frondizi, era un crítico demoledor del positivismo, el

empirismo y el neopositivismo en todas sus tendencias y variantes (filosóficas y sociológicas) que, según Leszek Kołakowski, podían agruparse en cinco grandes familias. Lefebvre y Frondizi cuestionaban a las cinco en su conjunto.

Daniel Hopen, en el mismo registro antipositivista, encabezó la huelga contra la cátedra de Metodología, en la carrera de Sociología, a cargo de Regina Gibaja, bajo el eslogan: “Contra el empirismo abstracto” (que tanto seducía a los principales impulsores del CICSO, acríticos seguidores, en este punto, de la epistemología de Germani).

Con la militancia enrolada en las “Cátedras Nacionales”, Frondizi y Hopen poseen en común las inquietudes y preocupaciones por pensar los problemas de la nación y América latina sin complejo de inferioridad, eludiendo la actitud de peones sumisos, representantes de sucursales y ventrílocuos obedientes de los paradigmas eurocéntricos, enfrentando lo que en nuestros días —con un lenguaje que en aquella época no era tan usual— se conoce como “la colonialidad del saber”. Pero jamás aceptaron, ninguno de los dos, que pensar lo nacional y lo indo-latino-nuestroamericano equivaliera a ser arrastrados y remolcados por el programa nacionalista burgués, desarrollista y apologista de una supuesta “burguesía nacional progresista” que jamás existió ni pudo corroborarse en la trágica historia latinoamericana.

Silvio Frondizi le dedicó su principal obra, en dos tomos, a estudiar La realidad argentina. Allí sostuvo la tesis de “la pseudoindustrialización” argentina, con una impronta y unas conclusiones que se parecían notablemente a las que años después sostendrá el brasileño Ruy Mauro Marini con otro lenguaje, otra jerga y otras expresiones provenientes de la teoría marxista de la dependencia. El énfasis de Silvio Frondizi — como también señalará años después Ruy Mauro Marini— apuntaba a la revolución socialista como proyecto histórico que pudiera emancipar nuestro continente del atraso, la dependencia y la subordinación nacional y cultural al imperialismo, entendido como sistema mundial que en sus tendencias apuntaba a integrar a todo el orbe. En su perspectiva, el camino de la revolución “democrático burguesa” o “agraria antiimperialista” ya estaba históricamente agotado.

En cuanto al problema nacional, Daniel Hopen elaboró también todo un programa estratégico en defensa de la ciencia y de la cultura nacional, reclamando un futuro plan de la investigación de lo nacional, contra la dependencia cultural, pero marcando distancia frente a toda homologación tramposa e inviable entre la noción de “patria” y el programa político de “apoyo a la burguesía y el capitalismo”.

Con la orientación de las “Cátedras Marxistas” de los gramscianos que daban clases en la carrera de Sociología compartían la necesidad de una estrategia de hegemonía socialista, pero como ambos habían leído, además de a Lenin también a Trotsky, Silvio Frondizi y Daniel Hopen insistían, cada uno a su modo y por su lado, en la necesidad de combinar la estrategia de hegemonía con la imprescindible independencia de clase. Por eso no es casual que ninguno de los dos haya derivado en la tentación socialdemócrata, en la que finalmente cayeron algunos gramscianos (deformando, dicho sea de paso, incluso la letra y el espíritu de los escritos del mismo Gramsci para que entraran en el lecho de Procusto de sus personales conversiones ideológicas a la socialdemocracia y el post-marxismo).

¿Cuál fue una de las principales fuentes de las que se nutrió el marxismo de Silvio Frondizi y de Daniel Hopen resignificado en clave latinoamericana?

La clave está, en que los dos fueron vitalmente atravesados —en sus vidas y en sus obras, en sus trayectorias militantes y en su pensamiento teórico— por el influjo latinoamericanista de la revolución cubana. Sus adhesiones no fueron “a la distancia”. No sólo encontramos en sus escritos numerosas referencias a la literatura política editada y promovida desde la isla revolucionaria (Silvio Frondizi reproduce largas declaraciones políticas programáticas de los comandantes insurgentes cubanos, Daniel Hopen lee, anota y reproduce textos de la revista Pensamiento Crítico, editada por el ala izquierda, guevarista, del comunismo cubano). Por si esto no alcanzara, ambos viajan personalmente a Cuba.

Silvio Frondizi se entrevista personalmente con el Che Guevara varias veces en La Habana. Se pueden reconstruir los detalles a través del testimonio de quien fuera promotor de ese viaje, integrante en Argentina

del grupo Praxis liderado por Silvio Frondizi y colaborador en Cuba del Che Guevara durante un tiempo en sus vínculos con el movimiento revolucionario de la insurgencia peruana (Napurí: 1997). Guevara le ofrece incluso a Silvio Frondizi trabajar en universidades cubanas para fortalecer las posiciones marxistas en el terreno ideológico y abrir un debate en el seno del movimiento estudiantil sobre el papel de la universidad (y la complejidad de los antiguos anhelos de autonomía universitaria herederos de la Reforma de 1918) dentro de un proceso revolucionario anticapitalista. Al regresar de La Habana, con el encargo expreso de promover una iniciativa editorial en defensa de Cuba y la revolución socialista, el sociólogo argentino escribe y publica en 1960 uno de sus principales libros titulados *La revolución cubana. Su significación histórica*.

Pocos años después del encuentro entre Silvio Frondizi y el Che Guevara, Daniel Hopen viaja y se entrena militarmente en la isla e incluso se deja seducir y atrapar hasta tal punto por el ejemplo insurrecto caribeño que en Argentina uno de sus apodos políticos dentro de la militancia será “el cubano”.

Los dos encontraron en la figura del Che Guevara y en todo lo que el Che representaba y condensaba la expresión más alta del marxismo latinoamericano, en la política y en el terreno del pensamiento social (porque el Che no fue sólo un “guerrillero heroico”, valiente y abnegado, pero carente de teoría sino también un pensador marxista profundo, como intentamos demostrar en varios libros).

Ambos, Silvio Frondizi y Daniel Hopen, fueron antiimperialistas radicales, cuestionando en muchos de sus escritos y acciones la penetración del imperialismo norteamericano en su supuesto “patio trasero”. Ya sea por la sempiterna invasión de marines, por la exportación de capitales o a través de formas más sutiles como la financiación de proyectos sociológicos destinados a “ablandar”, seducir y finalmente cooptar a la intelectualidad crítica latinoamericana como ya venían denunciando las voces más rebeldes de la propia sociología norteamericana.

No obstante pertenecer a diferentes generaciones, Silvio Frondizi y Daniel Hopen terminaron confluyendo, cada uno desde un ángulo propio y con un estilo singular (más formal Frondizi, por su edad y su ejercicio cotidiano de la abogacía, más informal Daniel, perteneciente a otra generación y proveniente del ambiente estudiantil de Filosofía y Letras), en el espacio político y cultural de la insurgencia guevarista. Ese fue su común punto de llegada, proviniendo de experiencias de vida distintas.

Ambos sociólogos críticos y militantes cruzaron sus miradas encontrándose en los ojos de Ernesto Guevara y Mario Roberto Santucho.

Daniel Hopen como cofundador del Ejército Revolucionario del Pueblo —fue elegido en 1970 como uno de los 35 delegados presentes en el quinto congreso del PRT cuando se funda el ERP— y desde antes como principal impulsor del FATRAC (Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura). Más tarde, a partir de 1973, como militante, dirigente y uno de los principales cuadros del ERP 22 de agosto (colaborador de su revista *Liberación*).

Silvio Frondizi, a fines de los '50 y comienzos de los '60, como uno de los principales guías inspiradores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Praxis) y en los '70 como uno de los integrantes de más renombre, junto a Agustín Tosco, Rodolfo Ortega Peña, Armando Jaime y Alicia Eguren de Cooke, del FAS (Frente Antiimperialista por el Socialismo, expresión unitaria impulsada también por el PRT junto con grupos peronistas revolucionarios y otras izquierdas radicalizadas). También como redactor y uno de los principales directores del periódico *Nuevo Hombre* (afín al PRT, a cuyo staff periodístico también pertenecían Daniel Hopen y su compañera Moni Carreira), así como abogado de presos políticos, militantes y combatientes de la insurgencia. Sobre la experiencia personal, política y periodística, compartida y afrontada en común por Silvio Frondizi, Daniel Hopen y su compañera Moni Carreira en la redacción del periódico *Nuevo Hombre*, ligado a la insurgencia guevarista, aunque también tuviera integrantes del Partido Comunista y del peronismo revolucionario (De la Fuente: 2015, pp. 27-35).

Esas experiencias comunes y convergentes en el plano militante y organizativo donde Silvio Frondizi y Daniel Hopen se cruzaron no fueron únicas ni exclusivas, pues los dos tenían, cada uno a su modo, lecturas propias sobre el palpar coyuntural argentino. Pero allí convergieron y se encontraron en una inflexión y en

un momento clave de la historia de Argentina y América Latina, cuando pocos meses resumen muchos años de experiencia y de lucha popular.

En ambos casos, sus posicionamientos políticos iban acompañados y fundamentados en una concepción de la sociología y el marxismo comprendidos no como “frío y desapasionado objeto de estudio” ni como señuelo académico para obtener acreditaciones, sino como un saber social crítico y una filosofía de vida que atravesaba no sólo el discurso, la escritura o la imagen sino también el cuerpo, las esperanzas, las fantasías y los sueños colectivos.

Ambos fueron identificados y clasificados como “enemigos irrecuperables” por la burguesía argentina y sus fuerzas policiales y militares, entrenadas —en las escuelas de Panamá y EEUU— en las más siniestras prácticas terroristas. La burguesía y el imperialismo no perdonan. Uno fue secuestrado, salvajemente golpeado (a pesar de la edad avanzada que tenía) y fusilado por la espalda, en 1974, a manos de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), grupo parapolicial y paramilitar vinculado a la CIA. El otro fue secuestrado, torturado y desaparecido directamente por las Fuerzas Armadas, tras el golpe de estado cívico-militar de 1976.

¿Constituyen una tradición? En su época Eric Hobsbawm ha insistido y nos ha recordado que toda tradición es una invención. No vamos a inventar entonces una nueva tradición, de manera caprichosa ni arbitraria. Pero sí es innegable que tanto Silvio Frondizi como Daniel Hopen, cada uno con su propio relieve intelectual y su personalidad específica, forman parte de una corriente de pensamiento social y político cuyas afinidades electivas son bastante nítidas y claras para quien no se esfuerce en desconocerla y para quien no obedezca el mainstream hoy a la moda en las ciencias sociales. Una corriente de pensamiento crítico, investigación científica y posicionamiento ideológico que no sólo tuvo actuación destacada a nivel político general en la Argentina sino que además mantuvo presencia singular y concreta en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Los dos fueron profesores de la carrera de Sociología. Silvio Frondizi, por ejemplo, dicta en 1963 la Cátedra de “Sociología Argentina Contemporánea” en dicha carrera y a comienzos de 1974 vuelve a dictar en la Facultad de Filosofía y Letras un “Curso de Sociología”, esta vez motorizando una iniciativa del FAS (Frente Antiimperialista por el Socialismo). A su vez Daniel Hopen es profesor en forma ininterrumpida durante cuatro años en la materia “Introducción a la Sociología” (desde el 1/8/1962 al 31/7/1966; deja de ejercer la docencia a partir de la “noche de los bastones largos” cuando se produce la golpiza histórica contra profesores y estudiantes en medio de la intervención militar a las universidades).

Ambos acompañaron la radicalización general del movimiento popular y juvenil a inicios de los años ’70, impulsando cada uno en sus tareas específicas un punto de vista marxista revolucionario, latinoamericano, antiimperialista radical, guevarista, que ponía en discusión y en crisis la situación tradicional del “sociólogo profesional”, tecnócrata descriptivo, amante de las estadísticas, neutralmente valorativo, dependiente sumiso y callado del financiamiento internacional.

Si Silvio Frondizi analizó el proceso social del peronismo desde un ángulo sumamente diverso (y antagónico) al promovido por Gino Germani o Torcuato Di Tella en su obra clásica de 1955-1956 *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Daniel Hopen a su turno se opuso a una concepción reduccionista de la Sociología que confundía científicidad y raciocinio moderno con el predominio absoluto y excluyente de métodos cuantitativos, según los cánones de la sociología estadounidense oficial. Incluso en 1963, como estudiante de Sociología, Daniel Hopen —militando en el centro de estudiantes, siendo consejero en el consejo directivo de la Facultad y trabajando ya en la Carrera de Sociología como ayudante de trabajos prácticos— encabezó una huelga estudiantil contra la materia “Metodología” tal como era dictada por la profesora Regina Gibaja bajo hegemonía de los postulados de Gino Germani. Les cuestionaba su “empirismo abstracto” y “la utilización de la cuantificación sociológica para operar sobre la sociedad a favor del sistema”.

Ambos críticos de la escuela sociológica de Germani y sus discípulos, ninguno de los dos, ni Frondizi ni Hopen, fueron antiperonistas. Nunca homologaron de manera simplificada marxismo “científico” y modernizante con desarrollismo antiperonista.

Por eso Silvio Frondizi, en *La realidad argentina* se opone a caracterizar al peronismo como “nazi-fascismo” o “expresión del lumpenaje manejado por la policía”, como habían sostenido algunos exponentes mecanicistas de la izquierda tradicional. Para Silvio Frondizi el peronismo fue un intento frustrado, bajo formas bonapartistas, de revolución democrático burguesa. Sus limitaciones eran las propias de una burguesía dependiente. Más tarde, desde sus editoriales en la revista *Nuevo Hombre* (donde, insistimos, trabajó en común y compartió militancia junto a Daniel Hopen y su compañera Moni Carreira), distingue claramente entre el peronismo burgués de la burocracia partidaria y sindical, por un lado, del peronismo revolucionario de sus juventudes rebeldes, por el otro. Tanto en *Nuevo Hombre*, como en el *FAS* y en el “Curso de Sociología” que dicta en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Silvio Frondizi trabaja junto a Alicia Eguren, antigua compañera de John William Cooke [éste último: máximo exponente del peronismo revolucionario, colaborador en Cuba del Che Guevara y Fidel Castro, combatiente en Playa Girón ante la invasión estadounidense]. Recordemos que Alicia Eguren, ya fallecido Cooke en 1968, fue durante los años ’70 simpatizante del Partido Revolucionario de los Trabajadores-PRT (ella fue secuestrada por la dictadura militar, desaparecida y asesinada en el temible campo de tortura y exterminio Escuela de Mecánica de la Armada-ESMA).

Al igual que Silvio Frondizi, Daniel Hopen, desde las páginas de la revista insurgente *Liberación*, trata de eludir las dicotomías falsas entre peronismo y antiperonismo a secas. De allí que intente diferenciar:

(a) al peronismo burgués, burocrático e incluso fascista (que funda la Triple A [Alianza Anticomunista Argentina-AAA] bajo órdenes del embajador norteamericano Robert Hill, agente-empresario que en Madrid había reclutado para la CIA al secretario personal del general Perón, José López Rega, y antes, en 1954, había participado en forma activa en la invasión estadounidense a Guatemala); de:

(b) el peronismo revolucionario de las bases obreras, clasistas y juveniles (que primero es expulsado de la plaza de mayo el 1/5/1974 por el general Perón, luego ilegalizado y finalmente masacrado en la ESMA y otros campos de concentración).

Sin ser entonces, ninguno de los dos (Frondizi y Hopen) antiperonistas, consideraron, a diferencia de las “Cátedras Nacionales” y de las expresiones burguesas de la teoría de la dependencia (estilo Cardoso y Faletto), que sin independencia de clase toda lucha antiimperialista estratégica, por más heroica y abnegada que sea, termina subordinada a la burguesía y conduce a una derrota popular. Aun con miradas distintas, ambos señalaban y destacaban la lucha interna que en aquel entonces separaba y enfrentaba, de un lado, al peronismo burgués y burocrático, y del otro, al peronismo revolucionario. Diferenciación política que se reitera, ya sea desde el quincenario *Nuevo Hombre* (dirigido por Silvio Frondizi), ya sea desde la revista *Liberación* (donde participa Daniel Hopen, ya asesinado Silvio).

Luego de recibir varias amenazas, detenciones y atentados, ambas publicaciones son censuradas y clausuradas en nombre de “la democracia” y “el proyecto nacional”.

Los dos superaron largamente la figura del “intelectual progresista comprometido” que desde afuera envía su adhesión al movimiento social en sus luchas y combates por una vida más digna. Tanto Silvio Frondizi como Daniel Hopen fueron investigadores teóricos y militantes orgánicos, intelectuales y revolucionarios al mismo tiempo. Jamás aceptaron el divorcio entre cultura y revolución —años después instalado como natural y obvio, en tanto “garantía de profesionalismo y científicidad”—, entre teoría y práctica, entre intelectualidad y militancia, entre “campo profesional” y “campo político”.

Ambos fueron intelectuales orgánicos y militantes del movimiento popular. Y no de cualquier movimiento social u organización política sino del espacio más radical, el que convergía con la insurgencia, expresión más alta en el plano de la conciencia de la confrontación social entre las clases. Defendiendo la opción política del marxismo militante, la insurgencia y la rebeldía popular organizada, Silvio Frondizi y Daniel Hopen jamás

dejaron de investigar, de escribir, de ser intelectuales ni de actuar como sociólogos. Su prolífica escritura (teórica, sociológica y periodística, incluso con nombres falsos o sin firma) y sus investigaciones —que sólo se interrumpieron con sus asesinatos— constituyen una clara muestra de ello.

## CONCLUSIONES PROVISORIAS

A lo largo de todo este trabajo hemos tratado de demostrar que la sociología argentina (con influencias notorias y entrecruzamientos permanentes con otras sociedades y procesos políticos de Nuestra América) estuvo marcada desde su inicio por incontables polémicas. Esas discusiones fueron prioritariamente ideológicas y políticas, inundando en su derrotero también el terreno epistemológico de la disciplina.

Pero las controversias no fueron únicamente “personales”. A lo largo de todo este recorrido hemos intentado demostrar que lo que estaba en juego eran auténticas tradiciones (en el sentido gramsciano del término, esto es: continuidad de perspectivas intelectuales) de pensamiento social.

Mientras Germani representó el vértice más conservador e institucional de la disciplina, Silvio Frondizi y Daniel Hopen expresaron, en el otro polo de la ecuación, el punto más radical. Quizás por ello Frondizi fue secuestrado en 1974 por un grupo paramilitar y fusilado mientras Hopen fue secuestrado y desaparecido en 1976, a partir de la última dictadura militar. La sociología argentina, aunque quiso ser en muchos de sus máximos exponentes “neutral”, terminó inevitablemente atravesada por la convulsionada historia de la sociedad argentina.

## BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1997). *Cultura y política en los años 60*. Colección Sociedad Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC de la Universidad de Buenos Aires.
- Argumedo, A. (1996). *Los silencios y las voces en América latina*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Balvé, B. & Balvé, B. (1989). *El '69, huelga política de masas*. Rosarizao, Cordobazo, Rosarizao. Buenos Aires, CICSO-Contrapunto.
- Balvé, B. y Marín, J. (1982). “¿Qué es CICSO?”. Cuaderno de Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales N°63, Buenos Aires, Argentina.
- Balvé, B., Marín, J. & Murmis, M. (1973). *Lucha de calles, lucha de clases*. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969). Buenos Aires, La Rosa Blindada.
- Baschetti, R. (comp.) (1995). *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*. Buenos Aires, Ediciones de La Campana.
- Blanco, A. (2006). *Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI
- Borón, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Borón, A. (2004). “Actualidad del ¿Qué hacer?” [Estudio introductorio] En Lenin, V.I. *¿Qué hacer?* Buenos Aires, Editorial Luxemburg.
- Borón, A. y Cuellar, Ó. (1983). “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”. En *Revista Mexicana de Sociología* N°4, Año XLV, Vol.XLV. México.
- Bunge, M. (1998). *Sociología de la ciencia*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Carri, R. (2015). *Obras Completas*. Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional. Tomo I y II.
- Delich, F. (1977 [1974]). *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*. Buenos Aires, El Cid Editor
- Feinmann, J. (1996 [1970-1975]). *Filosofía y nación*. Buenos Aires, Ariel.

- Fronzizi, S. (1952). "Prólogo" a Eugenio Werden [seudónimo]: *Materialismo dialéctico* (según Henri Lefebvre). Buenos Aires, Praxis.
- Fronzizi, S. (1955-1956): *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires, Praxis. Tomo I y II.
- Fronzizi, S. (1960). *La Revolución Cubana. Su significación histórica*. Montevideo, Ciencias Políticas.
- Fuente, V. de la (2015). "«Desde abajo y por el Frente»: Nuevo Hombre bajo la dirección de Silvio Frondizi. Aportes de su archivo personal". *Prólogo a Periódico Nuevo Hombre. Reproducción facsimilar*. Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional. Tomo I al III.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires, Paidós.
- Germani, G. (2010 [1979]). "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna". En Mera, C. y Rebón, J. (coord.) *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. Buenos Aires, Instituto Gino Germani de la UBA-CLACSO.
- Ghilini, A. (2011). "Sociología y liberación nacional: La experiencia del grupo universitario de las «Cátedras Nacionales»". En *Question* N°29, Universidad Nacional de La Plata (UNLP).
- González Casanova, P. (2006 [1969]): *Sociología de la explotación*. Buenos Aires, CLACSO.
- Gouldner, A. (1973 [1970]). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Gramsci, A. (1999-2000). *Cuadernos de la cárcel*. México, Editorial ERA. [edición crítica]. Tomo I al VI.
- Horowitz, I. (s/f). "A universidade e CIA". En *Revista civilização brasileira* N°13, Año III, Río de Janeiro.
- Iñigo Carrera, N. (2000). *La estrategia de la clase obrera 1936*. Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA.
- Izaguirre, I. (1994). *Los desaparecidos: Recuperación de una identidad expropiada*. Buenos Aires, CEAL.
- King, J. (1985). *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*. Buenos Aires, Gaglianone.
- Lenin, V.I. (1974 [1914-1916]). *Cuadernos filosóficos*. Madrid, Editorial Ayuso.
- Locker, M. & Young, A. (1969). "USA: la CIA en busca de cerebros". En *Revista Tricontinental* N°15, La Habana.
- Marín, J. (1995). *Conversaciones sobre el poder (Una experiencia colectiva)*. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales-UBA.
- Marín, J. (1996 [1978-1979]). *Los hechos armados. Argentina 1973-#1976. La acumulación primitiva del genocidio*. Buenos Aires, La Rosa Blindada – PICASO.
- Marín, J. (s/f). *La noción de "polaridad" en los procesos de formación y realización de poder*. Buenos Aires, CICSO, Serie Teoría-Análisis N°8.
- Mencia, M. (1969). "Complot contra las universidades latinoamericanas". En *Revista Casa de las Américas* N°46, La Habana.
- Murmis, M. & Portantiero, J. (2006 [1971]). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Napurí, R. (1997). "Entrevista realizada por José Bermúdez y Luis Castelli a Ricardo Napurí". En *Herramienta* N°4, Buenos Aires.
- Neiburg, F. (1988). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza.
- Paz, I. (1970). "Las ciencias sociales y el neocolonialismo cultural en América Latina". En *Revista Referencias* N°1, Vol.2, La Habana, Cuba.
- Peña, M. [seudónimo: "Alfredo Parera Dennis"] (1964). "Gino Germani sobre C.Wright Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego". En *Revista Fichas de investigación económica y social*, Año I, N°2, Buenos Aires.
- Portantiero, J. (1999 [1977]). *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires, Grijalbo.
- Portantiero, J.(1978). *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*. México, Siglo XXI.
- Raab, E. (1999). *Crónicas ejemplares. Diez años de periodismo antes del horror (1965-1975)*. Buenos Aires, Perfil Libros.
- Solari, F. (2000). "Entrevista a Inés Izaguirre". Recopilada en Horacio González [compilador]: *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Buenos Aires, Colihue.

- Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Tarcus, H. (comp.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires, Emecé.
- Touraine, A. et al. (1970). *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*. Buenos Aires, Editorial Tiempo contemporáneo.
- Verón, E. (1968). "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina". En *Revista América Latina* N°4, año 1
- Verón, E. (1996). *Conducta, estructura y comunicación. Escritos teóricos 1959-1973*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Wilner, N. (1970). "La tercera posición justicialista y el marxismo". En *Antropología del Tercer Mundo* N°4, Año II. Buenos Aires.
- Wright Mills, C. (2004). *Cartas y escritos autobiográficos* [Edición de Kathryn y Pamela Mills]. México, Fondo de Cultura Económica.
- Wright Mills, C. (1961 [1960]). *Escucha yanqui* [Título original en inglés Listen yanqui (The Revolution in Cuba)]. New York, McGraw-Hill Book Company y Ballantine Books]. México, Fondo de Cultura Económica.
- Wright Mills, C. (1964). *Los marxistas* [Antología]. México, ERA.
- Wright Mills, C. (1994 [1959]). *La imaginación sociológica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.